



Reseña

Bruno, Paula Alexandra Pita y Marina Alvarado. Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960. Rosario: Prohistoria, 2021.

Diplomacia en clave femenina

Kurmi Soto Velasco¹

En 1863, la escritora argentina Eduarda Mansilla desembarcaba en París. Su marido, el diplomático Manuel García, acababa de ser nombrado secretario de la legación de su país en Francia, con amplias representaciones en Italia, España e Inglaterra. La pareja llegaba a la corte de Napoleón III en un momento de apogeo de la vida mundana y, rápidamente, fueron integrados en los círculos aristocráticos y de las altas esferas políticas. Aunque en calidad de acompañante (como “esposa de diplomático”), la joven brillaría en los salones parisinos por su agudeza y su talento. El estudio de su compleja relación con estos circuitos sociales es el primero que abre el libro *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960* de Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado.

En este trabajo, recientemente publicado por la editorial Prohistoria de Rosario, las autoras plantean una aproximación novedosa a la función de las mujeres dentro de la vida diplomática. En efecto, partiendo del análisis de seis casos particulares, las autoras proponen un panorama de las distintas

¹ **Kurmi Soto Velasco** es doctoranda en Literatura hispanoamericana. UCM. Correo: ksoto@ucm.es.

posibilidades de agencia femenina a nivel internacional durante el período comprendido entre 1860 y 1960. A lo largo de estos cien años, vemos desfilar, junto a Eduarda Mansilla, a las hermanas Guillermina y Ángela Oliveira César; a Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca; y, finalmente, a Gabriela Mistral, Palma Guillén y Concha Romero. Aunque se trata de un conjunto heterogéneo de argentinas, chilenas y mexicanas, todas ellas formaron parte de densas redes de sociabilidad cosmopolitas. Generalmente relegadas a un segundo plano, lo que busca demostrar este trabajo de investigación es que su rol fue mucho más decisivo de lo que las historiografías tradicionales suelen consignar. Así, su notable presencia en selectos espacios culturales de distintos puntos de Europa y Estados Unidos y, en algunos casos, sus intervenciones en la palestra pública hacen de ellas un eje importante dentro de la construcción de relaciones entre las naciones latinoamericanas y sus aliadas del norte.

La unidad de la reflexión que existe entre los trabajos de las tres investigadoras es notable, puesto que todas ellas inciden, desde los diferentes personajes estudiados, en ideas que guían la obra. Así, notamos la conformación de espacios letrados en los que el capital social e intelectual resulta ser una de las principales cartas de presentación para aquellos que buscan integrarlos. Según cuentan los familiares de Eduarda Mansilla, a veces solo bastaba con un frac, buenos modales y un excelente francés para entrar en los bailes de la capital francesa sin invitación. Pero esta afirmación, lejos de simplificar estas dinámicas, demuestra que los códigos que se compartían en estos circuitos sobrepasaban las fronteras nacionales y representaban un ideal de conducta para las élites latinoamericanas.

Más allá de los engranajes burocráticos, las relaciones de poder que se tejían tenían como escenario privilegiado los bailes y las veladas. En este sentido, el libro logra plasmar la importancia de estos espacios mundanos para entenderlos como ejes singulares de la diplomacia entre los siglos XIX y XX. Asimismo, Paula Bruno, Marina Alvarado y Alexandra Pita subrayan la

dificultad del concepto de “diplomacia cultural” en relación con las formas estatales. El caso más notable es el de Ángela Oliveira de César, intelectual argentina y principal impulsora del pacifismo finisecular. Activista, sus iniciativas no siempre fueron bien percibidas por los representantes oficiales de su país, incluyendo al propio presidente, Julio A. Roca, quien en su correspondencia siempre se mostró escéptico y paternalista hacia ella. Una vez más, esto apunta a la dificultad de delimitar la acción diplomática oficial de la vida social y personal de sus agentes. En efecto, mayormente, las fronteras entre política internacional y relaciones privadas podían desvanecerse. Este panorama difuso también se refleja en la selección de los documentos, pues, para su análisis, las autoras emplearon un amplio abanico de producciones textuales que incluye desde literatura de viajes hasta diarios íntimos, pasando por la prensa del momento.

A pesar de la aparente cantidad de documentación, algunas de estas mujeres no han dejado huellas notorias en los archivos. Por ende, su restitución resulta particularmente delicada. Al menos así se presenta el examen de la figura de Carmen Bascuñán, pareja del dramaturgo, novelista y político chileno, Alberto Blest Gana. La ausencia de sus rastros contrasta con la abundancia de textos producidos por y sobre su esposo. Al plantearse este desafío, *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960* representa una propuesta desafiante y novedosa para pensar cómo reconstruir estos recorridos femeninos que quedaron en la sombra. La rigurosa metodología de investigación combinada con una prosa cuidada y amena hacen que este libro no solo sea recomendable para especialistas, sino también para todas aquellas personas curiosas que deseen conocer los entresijos de la diplomacia latinoamericana en clave femenina.